

Leg 8^o paguete 1^o

607

~~no 12~~

12.

DISCURSO
EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL
DE LA AMÉRICA LATINA
¿CUÁL ES LA EDUCACION FÍSICA Y MORAL
DE LA MUJER,

MAS CONFORME Á LOS GRANDES DESTINOS QUE LA HA CONFIADO
LA PROVIDENCIA?

UVA. BHSC. LEG.08-1 n°0607

HTCA

U/Bc LEG 8-1 n°607



1>0 0 0 0 2 8 6 4 0 9

DISCUSSION

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS 354

LECTURE 1

PROFESSOR JOHN H. COOPER

1967

DISCURSO

LEIDO

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

POR EL LICENCIADO

DON JUAN PEREZ Y GARCIA,

DEL CUERPO DE SANIDAD DE LA ARMADA,

en el ejercicio del grado

DE

DOCTOR EN MEDICINA,

y en el acto de recibir la investidura del mismo el día 24 de Octubre
de 1859.



MADRID:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. VICENTE,
calle de Preciados, número 74.

UVV1859.HSC.LEG.08-1 n°0607

«La educación de las mujeres es mas importante que la de los hombres, pues la de estos es siempre obra de aquellas.»

(FENELON.)

«La mujer perfecta, dotada de paciencia, de prevision, de energía y de facultades, es un sér cuya respiracion es un pensamiento,.... Se me figura criada noblemente para educar, consolar y dirigir.»

(WORDSWORTH.)

Excmo. é Ilmo. Sr.

CUANDO el Supremo Hacedor creó la especie humana por atributos comunes á los demás animales, quiso dotarla tambien de facultades de un órden muy superior que la distinguen de aquellos; resultando de aquí su doble naturaleza animal y humanal, constituida de un principio físico organizado y otro principio espíritu ó moral, influyéndose recíprocamente. De su armonioso conjunto, se deriva en cada uno de los individuos de la especie un ser mas elevado que todos los demás que pueblan el universo, pero con aptitud á mejorar su condicion de una manera prodigiosa á beneficio de un resorte admirable de que puede disponer, la educacion; la educacion, que segun Kant, tiene por objeto desarrollar á cada individuo en toda la perfeccion de que es susceptible.—En este momento vamos á ocupar vuestra atencion benévola, procurando resolver *cuál es la educacion física y*

moral de la mujer, mas conforme á los grandes destinos que la ha confiado la Providencia.

Imposible fuera fundar sistema alguno de educacion, sin el conocimiento profundo del ser que tenga por objeto, sin el estudio minucioso de todo cuanto pueda llevarnos á este conocimiento, y elevarnos despues al de la mision á que fué destinado, para dirigir con acierto sus pasos en la senda de la verdad. Véase pues con cuánta razon es llamado el médico á resolver el problema que nos ocupa. El filósofo moralista careceria de base en sus estudios sobre la mujer, sin el exacto conocimiento de su organizacion, de las propiedades y funciones que de ella se derivan, y de las modificaciones á que está sujeta en su desenvolvimiento, por sí y por los agentes que influyan sobre la misma; estudio que nos lleva como por la mano al de sus facultades anímicas, enseñándonos á resolver cuales sean los actos derivados inmediatamente del organismo y distinguirlos de las manifestaciones del alma, de qué modo aquel contribuye á estas manifestaciones, y cómo esta influye en las funciones de aquel.

Déjase desde luego conocer cuán grande es la extension del objeto, y lo imperfecto de un trabajo dirigido á este fin y redactado con la brevedad que exigen estos actos. A rasgos someros y característicos que de un golpe de vista nos demuestren las diferencias y objeto del ser, habrán de reducirse las consideraciones anatómicas, debiendo ser tambien breves las consecuencias fisiológicas, así como el estudio de las facultades, y el de los modificadores de todas especies que nos han de auxiliar en nuestro ob-

jeto. Del estudio de su doble naturaleza física y moral, deduciremos su destino sobre la tierra, y con la experiencia histórica á la vista, podremos examinar si se ha comprendido y llenado siempre su objeto, y qué causas hayan preparado su desarrollo; resultando del conjunto la consecuencia de nuestras investigaciones.

Descendiendo al análisis del hombre, que en este caso es aplicable asimismo á la mujer, desde luego queda fuera de duda la esencia de su doble naturaleza, la union de un ser físico y un ser moral, como sentamos al principio. Desde muy antiguo la admitieron filósofos respetables, Platon, Aristóteles, Ciceron; proclámala el Redentor en el Evangelio; así lo sienten San Pablo y San Agustin, y lo mismo confirman los estudios de muchos filósofos modernos que aceptaron este doble ser, ocupando un lugar distinguido entre los mismos Leibnitz, Lacaze y Herschel. Estos dos seres ofrecen caracteres tan distintivos que no pueden confundirse: el uno es libre, voluntario en sus determinaciones; el otro dependiente, necesario en sus actos.

Al ser físico organizado, que es comun á los animales, corresponden los fenómenos propios de la animalidad; al espíritu pertenecen los fenómenos morales é intelectuales, privativos de la humanidad. Ambos principios se influyen recíprocamente.—«Reconocida »la materia y el espíritu, sienta uno de nuestros sábios »maestros (1), debemos admitir como distintas dos »cosas, con harta frecuencia confundidas; la inclinacion física (deseo) y la inclinacion moral (voluntad).

(1) Varela de Montes, *Ensayo de Antropologia*.

»Ambas inclinaciones predominan cada una á su vez,
 »y vencen en medio de una lucha que se decide se-
 »gun la energíá de los elementos con que se cimen-
 »tan. Cuando se auxilian recíprocamente, el hombre
 »obra con dobles fuerzas, y hé aquí por qué á veces
 »nos hacemos superiores á nosotros mismos, cuando
 »la razon quiere y el cuerpo desea: este es el verda-
 »dero comercio entre ambos principios.»

Los que se han ocupado de estos dos atributos de nuestra especie, han pensado que unas veces lo físico arrastraba á lo moral, y de aquí resultaban las pasiones; y en otras la razon ó el entendimiento preponderaban sobre los impulsos físicos instintivos, y que en este caso, del dominio razonable resultaban moderadas las pasiones, y la produccion de las afeciones morales, suaves y bienhechoras.—Velar oportunamente por la integridad y desarrollo de ambos principios, proveer á su perfecta armonía y dirigirlos de consuno á la perfeccion, para su completo destino, hé aquí el objeto de la educacion.

Pero concretémonos ya á la mujer. Su modo de ser característico no se limita solo á los órganos esenciales del sexo, sino que todo su conjunto nos presenta caracteres distintivos propios; de modo que su condicion de mujer no se funda en una sola consideracion, sino que se constituye tal bajo muchas otras en que se la examine. En los primeros años de la infancia no parece, al primer aspecto, diferenciarse del otro sexo: con leves diferencias uno y otra presentan la misma conformacion general, el mismo aire y órganos igualmente delicados. Sujetos á las mismas funciones y necesidades idénticas, confundi-

dos en los mismos gustos y en los juegos que entretienen su infancia, no escitan al que los contempla ningun sentimiento particular que los distinga: ambos le afectan igualmente por la emoci3n propia que determinan la inocencia y la debilidad hermanadas. Independiente y aislado el uno del otro, no viven todavía sino para sí mismos: su existencia puramente individual y absoluta, no manifiesta todavía ninguna de las relaciones que deben en lo sucesivo establecer una mútua dependencia.

Pero á medida que la edad avanza y se aproxima la época de la pubertad, se marcan las diferencias de una manera ostensible. La mujer se desarrolla de una manera propia y peculiar; se separa menos que el hombre de su constitucion primitiva, delicada y tierna; conserva mejor su movilidad nerviosa y algun resto del temperamento propio de los niños. A medida que se fijan sus rasgos, se perciben en su forma, en su talla y en sus proporciones ciertas diferencias que no existian, y otras que no eran sensibles; de modo que cuando llega á cierta edad, se encuentra tal vez con sorpresa provista de nuevos atributos y sujeta á un órden de funciones estraño para el hombre, y hasta entonces tambien desconocido de ella misma. La que no era antes mas que un ser equívoco é indiferente al sexo, se constituye mujer por su fisonomía y demás partes de su organismo, por la elegancia de su talle y belleza de sus formas, por la finura de sus facciones, por el timbre mas sonoro y melodioso de la voz, por su sensibilidad é inclinaciones, por su carácter, propensiones y gustos. Esta época brillante de la vida, á la que Buffon llama pri-

mavera y estacion de los placeres; este importantísimo período, en que la naturaleza parece que se renueva por una especie de necesidad de multiplicar en sí misma el principio de la vida, se anuncia por ciertos fenómenos admirables que ponen término á la inercia en que se hallaba la jóven doncella desde su nacimiento.

Estas circunstancias no dejan duda de la revolucion verificada, ni de la sabiduría de la naturaleza, que anuncia y prepara mutaciones y actos importantes y necesarios al cumplimiento de su plan. Todo el organismo parece prodigiosamente dispuesto, segun las leyes admirables del Criador, para vincular en la mujer el desarrollo interno y existencia ulterior del nuevo ser.

Pasada esta época, si la mujer ha tomado estado, vereis cómo la naturaleza le infunde el sentimiento de la maternidad, mas poderoso que el de la vida, y por el cual no hay sacrificio que le sea costoso. Su constitucion es perfectamente adecuada al desempeño de esta mision importantísima; y la tierna y afectuosa sensibilidad de la mujer, la habilitan para acudir á las necesidades de la infancia, haciéndole llevaderas las congojas maternas.—Y era necesario que así fuese. El hombre en su niñez es mas delicado y nervioso que los demás animales, y su endeblez necesita mas solicitud maternal. Todo ha sido previsto por la Suprema sabiduría. La posicion elevada de los órganos que en la mujer han de proveer á la alimentacion del nuevo ser, es la mas conveniente para el niño; que no pudiendo ya tomar su subsistencia dentro de la madre, ni procurársela por sí mismo fuera, está des-

tinado á ser impelido hácia ella; posicion admirable que, colocando al hijo en los brazos de la madre y bajo sus ojos, establece entre ambos un comercio interesante de ternura, de cuidados y de caricias inocentes, que pone al uno en estado de espresar mejor sus necesidades, y á la otra en el de satisfacerlas y gozar de sus propios sacrificios, contemplando continuamente su objeto.

La mujer, por su organizacion delicada y flexible y su intensa sensibilidad, cede fácilmente á todo impulso. Es pues mas propensa al recuerdo que el hombre, y sabe seguir mejor el hilo de las impresiones; su imaginacion mas viva, es tambien mas prepotente sobre su cuerpo, y se franquea con mayor impulso á las agitaciones del corazon. La variedad de sus sensaciones se opone á su profundidad y duracion; por esto, siendo menos indiferente que el hombre al placer y al quebranto, los experimenta sin embargo mas levemente; y como la movilidad nerviosa excluye la permanencia de sus impulsos, logra mayor número de sensaciones y comprende mejor el pormenor de las entidades que sus relaciones. Véase cómo su delicadeza y sensibilidad influyen en las condiciones morales de la mujer. Todo en ella toma la forma del sentimiento: por esta regla juzga casi siempre de las cosas y de las personas. Sus opiniones dependen talvez menos de las operaciones del entendimiento que de la impresion que han hecho sobre ella los que se las han sugerido; y cuando ceden, es acaso menos á los rasgos victoriosos del racionio que á una nueva impresion que acaba de destruir la primera.—Pero hemos visto que su organizacion, y añadiremos aho-

ra que estas cualidades, eran sin duda necesarias en el sexo á quien la naturaleza debia confiar el depósito de la especie humana, cuando se halla todavía débil é impotente. Esta habria perecido mil veces si se hubiera visto reducida á los socorros tardíos é inciertos de la fria razon. Pero el sentimiento, mas pronto que el rayo, tan vivo y tan puro como el fuego de que dimana, impele á la mujer al través de las llamas y hace que se arroje á las olas por salvar á su hijo: es mas, la induce á llenar con una paciencia admirable, y aun con una especie de satisfaccion, las funciones mas penosas y desagradables.

El afan, los desvelos y la gloria de la mujer se han cifrado siempre en sacrificarse por el sostenimiento y felicidad de la familia; y los hijos, debiendo á ella principalmente su existencia, acuden con razon á sus desvelos, á su tierna solicitud y vigilancia. Ella es la que constituye el lazo y contribuye á formar los encantos de esta sociedad naciente.

Hé aquí la mujer. ¿Y podrá desconocerse la alta mision que le ha confiado la Providencia? Consignemos de una vez para siempre, que esta preciosa mitad del género humano, por su organizacion, por las funciones que de la misma se derivan, por sus instintos y sus facultades, ha sido elegida por el Criador, no solo para ser la fiel compañera del hombre, sino que destinada á llevarle en su seno y proveer despues á las necesidades de la niñez, ha de ser tambien su primer mentor, la que ha de formar su corazon é imprimir en su alma el gérmen de las virtudes que han de hacer su felicidad y la de los que le rodeen.

Reconocida esta verdad, el desconocer la impor-

tancia de educar á la mujer, seria un error trascendental, y aun pudiéramos decir un crimen, arrojado al paso de la humanidad, haciéndola á la vez cómplice y víctima de sus consecuencias.

La naturaleza ha dotado á la mujer de todas las disposiciones idóneas para recibir una educacion provechosa en armonía con su destino: organizacion adecuada, funciones, instintos, facultades; no falta mas que dirigir tan interesante empresa, que poner en accion estos medios y encaminarlos oportunamente, siguiendo el órden de la naturaleza á proporcion que se van desenvolviendo. Ella nos traza la senda que debemos seguir; ya no nos será difícil recorrerla, puesto que aparte de sus detalles, hemos además vislumbrado el término adonde hemos de arribar.

Para la conveniente educacion física, no debere-
mos apartar nuestra atencion de esa senda natural, y sobre todo, no olvidar jamás que marcha constantemente con lentitud y por grados. Debe huirse de la pretension ridícula de forzar á la naturaleza á desenvolver facultades, cuyos instrumentos carecen del grado necesario de perfeccion. En la buena direccion de los órganos es necesario dejar á estos el tiempo competente para formarse antes de ejercitarlos, dirigirlos y arreglar sus acciones; es necesario, pues, observar con esmero el órden bajo el cual se desenvuelven. El primer cuidado consistirá en la alimentacion conveniente y necesaria al sér; en regularizar la impresion de los agentes exteriores de manera que redunden enteramente en su provecho y nunca en su detrimento; en facilitar el desenvolvimiento oportuno

de los sistemas de relacion, y despues dirigir la atencion al desarrollo de las facultades.

Fuera traspasar los límites del presente discurso el descender á los pormenores de aplicacion de estos principios: su desenvolvimiento diera lugar á un sistema completo de higiene, y en esos tratados abundan los preceptos y los sabios consejos mediante cuya observancia podemos ser conducidos al objeto que se desea. No podemos descender á esos detalles, y solo llamamos la atencion hácia los caractéres de la constitucion femenina, recordando los importantes cambios que su físico experimenta, y sobre todo las funciones que de los mismos se derivan; y prévio este conocimiento y la observancia fiel de los preceptos de la naturaleza, proclamamos la importancia de los recursos de la higiene para secundarla en sus miras, siempre sabias. Que no se pierdan de vista, sobre todo, ciertos períodos importantes de la vida de la mujer, esa época primaveral tan importante como peligrosa: el abandono de aquellos preceptos, ó la negligencia en su observancia cuando esta época se prepara, pudiera acarrear fatales consecuencias; la condicion social de la mujer se menoscaba, y su porvenir queda tal vez defraudado. Recordemos á este propósito las palabras de Hipócrates: *mulier propter uterum tota morbus est.*—Sin la integridad de los órganos y de las funciones que desempeñan, las manifestaciones del alma se verifican imperfectamente; son sus instrumentos. Si aquella armonía es perfecta, las facultades del espíritu se hallan tambien espeditas: *mens sana in corpore sano.*

En la direccion moral de la mujer, no debe per-

derse de vista que sus facultades afectivas son los agentes mas poderosos que, convenientemente armonizados, determinan el cumplimiento de su destino; y el objeto de esta educacion ha de ser una especie de cuenta pagada de sus deberes futuros conducentes á esa mision, pues debemos tener presente que una educacion que no enseña á llenarlos, no merece el nombre de tal.

Los destinos morales de la sociedad se deben tal vez menos á las instituciones civiles, que á la educacion y á la influencia moral; y de todas las influencias morales, la mas poderosa, sin contradiccion, es la de las madres. La ilustracion, las preocupaciones, las virtudes de las generaciones, dependen esencialmente del carácter maternal, y pudiera decirse que él solo decide de la regeneracion del linaje humano. Es necesario penetrarse de esta importante influencia y comprender su naturaleza y estension.

Podria afirmarse que la naturaleza pone de acuerdo á la madre con el hijo. Véase con qué complacencia mira que se le asemeje, no solo en el rostro, sino en las cualidades del espíritu, sobre todo en los afectos. En sus relaciones, la paciencia responde á la impertinencia, y la dulzura á la petulancia; la ignorancia del uno no se vé rechazada por el pedantismo de la otra, y parece que ambas inteligencias crecen juntas: hasta ese espíritu frívolo que se inclina al placer, aquel gusto por lo maravilloso, es una armonía más que une á la madre con el hijo; todo lo pone en consonancia, ya sea que tengan un deseo uniforme, ya que se muestren en contradiccion; y en la distribucion que la naturaleza ha hecho de la dul-

zura, de la paciencia y de la vigilancia, nos indica clara y amorosamente á quién pretende confiar nuestra debilidad.

Los niños en general no entienden mas que lo que ven, y no comprenden sino lo que sienten; así al que les enseña á ver, y á quien despierta su cariño, pertenecen todas las influencias felices. La virtud, no solo se enseña, sino que se inspira; para esto sobre todo sirve el talento de las mujeres, y lo que ellas desean, saben hacérselo amar. El hijo para su madre es una alma que ella trata de formar, cuando el niño para el maestro no viene á ser mas que un ignorante, á quien se afana en instruir. Por eso nadie mejor que una madre puede hacernos preferir el honor á la fortuna, amar á los demás hombres, interesarnos por los desgraciados y elevar nuestra alma hasta el origen del bien y de lo infinito.

Esta influencia benéfica de la mujer es mas ó menos útil, segun el grado de aprecio que disfruta en la sociedad. Parece que la naturaleza liga nuestra inteligencia con su dignidad, como nosotros ligamos nuestra felicidad con su virtud: es una ley de eterna justicia, y el hombre no podria humillar á la mujer sin caer en la degradacion, ni podria ensalzarla sin honrarse á sí mismo. Fijemos si no la vista sobre el globo, y observemos esas dos grandes divisiones del género humano, el Oriente y el Occidente: la mitad del antiguo mundo yace sin accion ni pensamiento alguno bajo el peso de una civilizacion estúpida; en él las mujeres son esclavas: la otra mitad marcha hácia la igualdad y las luces; las mujeres son libres y apreciadas. Basta indagar qué posicion ocupa la

mujer en un país, y ella nos dará la pauta para juzgar la situación moral y política del mismo, porque su influencia es trascendental. Una mujer amada, una esposa, una madre; hé aquí tres palabras que encierran la felicidad de la vida: el hombre consulta á su mujer, y obedece á su madre, y aun la obedece después que ella ha dejado de existir; acata sus máximas, y sus pensamientos proceden de principios generalmente mas fuertes que sus pasiones. Pero tan feliz influencia no podia limitarse á la familia; por necesidad ha de refluir en su conjunto, que forma los pueblos.

Si esta verdad es incontestable, no se concibe cómo se haya desconocido un agente tan universal, y cómo los moralistas hayan generalmente descuidado, en vez de llamar en su apoyo, al mas dulce, al par que el mas eficaz, de los poderes.—Curioso, interesante y de útil enseñanza, fuera examinar la historia de la acción y de la reacción por cuyo medio las mujeres han degradado ó sido degradadas, y á su vez sacrificadoras y víctimas de un orden social pervertido; pero la brevedad nos limita á un ligero bosquejo.

El Evangelio proclama sobre este asunto un principio lleno de energía, que los siglos se habrán afanado en desenvolver. La rehabilitación de esta mitad degradada del linaje humano, llegó á ser la voluntad del Todopoderoso; pero trascurrió una larga serie de años antes que aquella voluntad hubiese trillado todas sus sendas. Sus decretos, con los nobles principios de que nacieron, permanecían en parte sofocados bajo las ruinas de la inteligencia humana; pero no estaban mas que ocultos. Se les vió surgir

de aquel caos, y elevarse parecidos á las flores incul-
tas que crecen alrededor de un antiguo edificio y es-
tienden sobre los estragos del tiempo el único velo
que puede disimularlos. Las fantásticas instituciones
de la caballería fueron los primeros vástagos de aque-
lla planta que llevaba una enseña sublime, débil y
desfigurada en verdad, pero no tanto que fuese des-
conocida.

Hubo un tiempo en que la hermosura luchaba
sola contra la barbarie, y encerradas las mujeres en
las torres y en los castillos feudales, civilizaban á los
guerreros, que despreciaban su debilidad, pero que
adoraban sus encantos. Acusadas tal vez de ignoran-
tes por los mismos que las privaban de instruccion,
envilecidas por los errores y deificadas por el amor,
débiles, tímidas, no viendo en su derredor mas que
hierro y soldados, tomaron las pasiones de sus tira-
nos; pero al adoptarlas, las mitigaron á beneficio de
la dulzura en el desarrollo de las costumbres domés-
ticas: de aquella sociedad surgió el poder é impor-
tancia que en esa época adquirieron las mujeres.
Vedlas imponiendo su influencia para inclinar y diri-
gir los combates en defensa del débil y del oprimido;
y así fué como la caballería llegó á ser protectora y
castigó las injusticias, preparando el reinado de la
ley. En fin, despues de haber combatido por conquis-
tar estados, descende hasta pelear por la hermosura
de las damas, y la civilizacion empieza por la galan-
tería.—En aquella época la influencia de las mujeres
fué verdaderamente provechosa, y hubiera sido una
felicidad para ellas y para la sociedad que así hubiese
continuado siempre al nivel de las necesidades y

adelantos de los tiempos. Si nos remontamos al origen de aquella influencia, la encontraremos sin duda en la paridad intelectual de los dos sexos, estraños ambos á los conocimientos que despues se desenvolvieron. El respeto que los hombres tenían á la hermosura y á la virtud, no participaba del desprecio que nace del sentimiento de una superioridad real ó imaginaria. Los ejercicios intelectuales, puras obras de la imaginacion de aquel tiempo, lejos de levantar una barrera entre los dos sexos, formaban sus lazos; y el canto del trovador fué consagrado á la hermosura, y pagado con su sonrisa. El espíritu de aquellos siglos, reflejado enteramente en estas demostraciones, ofrece la mejor prueba de la bienhechora influencia que las mujeres ejercian en aquella época. En ella su nombre no está asociado al catálogo degradante de los placeres del hombre, no se la vé figurar entre sus bacanales; pero se la encuentra en armonía con todo lo que la naturaleza tiene de hermoso y de puro: con los campos, las flores, los pájaros; ó tambien con lo que hay de mas elevado en la virtud, en los sentimientos honrosos, en la abnegacion y en la gloria.

El renacimiento de las letras sucedió al tiempo de la caballería, y aunque parezca estraño, este cambio no fué ventajoso á la mujer. Los hombres vieron abrirse delante de ellos otros caminos que conducian á la gloria, sin ser los del valor, y en los que fué vedado á las mujeres seguirles: estas no pudieron penetrar en aquellas regiones nuevamente descubiertas, de donde los hombres volvian con un desprecio real ó afectado hácia sus compañeras mas atrasadas, sin

llegar á conocer cuánto hubieran ganado procurando instruir las. El progreso de la inteligencia de los hombres no encontraba en la de las mujeres unos adelantos proporcionados, y así fué que estas perdieron el equilibrio en la balanza social. Cesó de unirse el honor y la gloria á la sonrisa de la hermosura: estas soberanas destronadas, de imperiosas que eran, llegaron á ser despreciadas, y procuraron por medios menos honrosos perpetuar un dominio que no les fué devuelto de derecho; gozaban aún de una influencia corrompida en su carácter y pervertida en sus acciones. En lugar de ser los objetos de un culto del corazón, ciertamente fantástico pero exaltado, se vieron simples juguetes de la imaginación, ó lo que es peor, los objetos de pasiones sensuales. El respeto es la única base sólida de la influencia, y cuando la mujer dejó de inspirarle, aquella influencia dejó de ser útil. No por eso dejaron de ejercerla muy perniciosa, como puede verse en el espíritu de la época en que sobresalía la literatura. La ficción no buscó ya sus héroes entre los genios elevados y la moralidad pura, ni las heroínas en las doncellas inocentes y las esposas fieles: el voluptuoso insustancial, la mujer sin fé, adúltera con astucia; hé aquí los nobles tipos cuyos altos hechos llenaban las páginas destinadas á formar el deleite de los sábios y de las hermosas. El efecto moral de estos errores, que clamaban al cielo, se desarrolló de un modo terrible en las córtes respectivas de Luis XIV y Carlos II, en que la corrupción llegó á su último grado: aquella influencia viciosa de que hicimos mérito, estaba entonces en su apogeo, y la degradación de las mujeres producía un

resultado inevitable, la degradacion de los hombres; percibiéndose aquella perniciosa influencia en el desprecio de la virtud pública y privada, en las pasiones bajas, en los medios ocultos personales, propios de las mujeres envilecidas, y que reflejando en los hombres igualmente degradados, pudieron prendarse de semejantes seres.

Un cambio de opiniones y conveniencias sociales que se efectuaba hacia tiempo, vino á poner término á estos desórdenes. Habiendo recobrado las mujeres sus derechos morales é intelectuales, volvieron á adquirir su importancia á los ojos de la razon. El objeto de la educacion debia ser cultivar los talentos que las colocara á la altura de su destino; pero tal vez se ha desconocido esta mision, ó estraviado los medios que habian de procurarlo.

Descendiendo á examinar si los sistemas actuales de educacion de la mujer proveen á tan alto objeto, una simple cuestion bastaria á resolverlo: ¿Están las mujeres en estado de educar á los hombres? Si no lo están, el progreso real que se nos presenta hasta aquí es escaso.—«En medio de la civilizacion, dice un »filósofo de nuestro siglo, ¿son las mujeres lo que »deben ser? Su educacion ¿no atestigua aun ahora »nuestra ingratitud y nuestra imprevision? Segun se »las educa ¿no podria decirse que su buena ó mala »disposicion debe permanecer sin resultado?»—Si es cierto que la felicidad de las familias y el bienestar de los estados dependen muy especialmente de ese influjo, el egoismo político y social y la ambicion de los hombres atestiguan claramente que la educacion de las mujeres está muy atrasada, puesto que no re-

porta utilidad manifiesta; pudiendo decirse que por lo menos es pasiva, siempre que no influya en sus deberes tanto como en la ilustracion del talento, y si no sirve para elevar el alma al mismo tiempo que ilustra el entendimiento.

Todos los sistemas de educacion, en general, abrazan la época en que las jóvenes entran en el gran mundo, sin ir mas allá; y prepararlas para brillar constituye casi exclusivamente el objeto de todos los cuidados. Así es como se les prepara una porcion de sinsabores para el porvenir, y cuya causa es una educacion incompleta y degenerada; porque el placer fugitivo de deslumbrar no es capaz de oscurecer la idea del remordimiento producido por el abandono de los deberes, ó el de una responsabilidad con que se acibara espontáneamente la existencia, reconociendo en sí una completa imposibilidad de llenarlos.—El destino de la mujer está basado generalmente en el matrimonio. ¿Qué prevision ha presidido al educarla para prepararla al augusto nombre de esposa y de madre? ¿Se la habrá llegado á hablar siquiera de los deberes que este título la impone? ¿Se la ha hecho comprender la naturaleza de su influencia moral? ¿Ha fijado acaso su pensamiento en la importancia de su carácter, primer origen de la influencia en la vida? En una palabra, ¿qué cuidados directos ó indirectos la han iniciado en los pormenores de su deber y de su significacion? Tal vez sobre nada de esto se le ha hecho reflexionar; pero se habrá fomentado acaso un sentimiento de vanidad y egoismo, y por eso se las vé con frecuencia someter la conciencia, el deber y la moralidad á ese código mundano, y no tener otro objeto

que la admiracion vana del mundo, y una elevacion en su escala por fin único de su existencia. Este mal espíritu es el que ha encadenado á la sociedad, descendiendo desde su mas alto grado á las clases medias, y no dejando de contagiar á las mas ínfimas. Todo lo que es puro, elevado, sensible en el carácter de la mujer, se ha resentido de ese funesto dominio.

El mejor bien que la mujer puede cumplir, consiste en llenar los deberes domésticos, en el verdadero sentido de la palabra y con la estension ilustrada que reclama el actual estado de la sociedad; y de este modo, á título de agentes morales, como defensores de lo justo, como intérpretes del honor y del celo, su influjo se estiende indirectamente á la sociedad pública, esforzándose en inculcar en sus allegados del otro sexo el infalible sentimiento del deber y de la abnegacion, que deben ser su principal regulador. Un principio mas profundo que el que regula de ordinario la educacion de las mujeres, la modestia, las conducirá á someterse á ese plan que, imponiéndoles la responsabilidad, las prohíbe el brillo prodigado á los reformadores de la sociedad: de modo, que solo admitiendo en su corazon esta virtud, es como la mujer puede llenar la noble y generosa mision que le está confiada, y solo así será como justifique un talento que tanto bien puede producir. Con este objeto parece que la naturaleza la ha prodigado tantas cualidades felices, entre las que resalta el amor, enemigo natural del egoismo, que tanto imperio ejerce en los destinos del mundo: el amor no busca sus propios intereses sino en el bien ageno, y obrando así encuentra toda su felicidad. El

Cristianismo colocó en su verdadera luz y correspondiente esfera el mérito y mision de la mujer, proclamando el reinado del amor y de la abnegacion; y las que menosprecian ó niegan el Evangelio, son esclavas que hollan con los pies el acta de su emancipacion. Pero sus puras y generosas doctrinas encontraron al instante eco en el corazon de la mujer: parece propio de su mision presentar la religion en su hermosura y pureza primitivas, derramándolas, por medio del ejemplo y la ilustracion, entre la familia; y como en recompensa, los frutos del cumplimiento de este deber refluyen en beneficio suyo, porque jamás hubiera podido llegar á gozar de sus derechos en la sociedad, si el Cristianismo no hubiera revestido con tanta dignidad las cualidades que le son propias. Todo, pues, debe inspirarlas la abnegacion y el celo que hacen del amor una virtud.—Si es tan positivo que la conciencia y la abnegacion son los pedestales de la benéfica influencia de la mujer, ¿qué se diria de una educacion que no estribara sobre ellas? ¿No debe abrazar la conciencia, el corazon, las afecciones, y desarrollar las cualidades morales, de que tan pródiga ha sido la Providencia para con el bello sexo, sin duda, con un objeto de beneficencia y sabiduría? Destinada para despertar el sentimiento de la conciencia, ¿podria la mujer inspirar sentimientos que no ha cultivado ni fomentado en su alma? Soberana de los afectos, ¿seria capaz de regir un reino cuyas leyes no hubiese estudiado, y cuyos resortes reguladores se han ocultado á su vista?

Cuando las pasiones y la conciencia han sido ilustradas, la inteligencia, los talentos, y aun la mis-

ma elegancia, adquieren valor, como poderosos auxiliares de la influencia de la mujer. El brillo de la inteligencia y el encanto de los talentos deben servir para sostener, á manera de elegantes cariátides, una conciencia ilustrada sobre la naturaleza del deber; y para que el deber esté al alcance de la inteligencia, es justo y razonable embellecer esta poderosa facultad sometiéndola á la conciencia. La imaginacion debe ser dirigida en el mismo sentido, para que las inspiraciones interiores, por las cuales la mujer se deja llevar con tanto encanto, se aparten de las vanas imágenes, haciendo reflejar sobre la vida comun y los cuidados domésticos la aureola de una influencia poética saludable. Los modales reclaman igual atencion, para que las cualidades del corazon y los dones de la inteligencia, apoyados en este nuevo auxiliar, puedan ejercer la influencia destinada á imprimir tan poderosa regeneracion.

Concluyo, Excmo. Sr.—La educacion que reclamamos en favor de la mujer, quedaria indudablemente justificada por los resultados. Entonces se habrán despertado todas las cualidades felices y las virtudes inherentes á su sexo, cuyo gérmen solo ha podido ser destruido por una direccion viciosa. Los agentes de la Providencia han de someterse á observar y seguir la senda que les ha trazado: y satisfecha la mujer con vivir en la esfera en que ha sido colocada, la atravesará con una mirada reflexiva, con una inteligencia elevada é ilustrados afectos; la embellecerá con los colores vivos de la imaginacion, y desistirá de la vana, ó mas bien imprudente tentativa, de traspasar aquellos límites; se alejara del conflicto de

las pasiones y rendirá homenaje á la armonía de esa misma Providencia, que hizo brotar de la inferioridad física de la mujer el manantial de sus virtudes. Al abrigo de la complicacion que engendran los negocios sociales, la mujer no solo proveerá á la felicidad de la familia, sino que desde su mismo recinto inclinará las cuestiones en provecho de los principios indelebles de la justicia, y en este sentido podria ser llamada el ángel custodio de la integridad del hombre público: de aquí depende el secreto de la influencia social de la mujer, y su educacion debe prever y abrazar este objeto. Todo lo que influye en la perfeccion, en la virtud y en la felicidad del hombre, no puede ser jamás de una importancia accesoria, y todas estas cosas están íntimamente ligadas á los deberes de la mujer, á quien no debe negársele el derecho de saber apreciarlos y ejercerlos. Solo así será como arribe á satisfacer por completo la alta mision que el Criador le ha confiado al constituir-la uno de los agentes mas activos, mas propicios en su obra sublime; y en recompensa, logrará que las generaciones se levanten un dia al escuchar su nombre, y la apelliden bienhechora.—HE DICHO.

Madrid 15 de Setiembre de 1859.

Juan Perez y Garcia.



UVA. BHSC. LEG.08-1 n°0607